

LENGUAS HISPÁNICAS: UNA MITOLOGÍA DE LA DIFERENCIA

Jon Juaristi

Escritor

Poco después de la expulsión de los moriscos, un fantasma recorrió España a lomos de un jamelgo apocalíptico. Pasó el Ebro en barquichuela, se internó en la Cataluña profunda del bandolerismo monacal y rindió viaje en las playas de Barcino. Lo que todavía hoy nos asombra en la crónica de su odisea es la ausencia de cualquier mención a los diversos dominios lingüísticos que atravesó a lo largo de la misma. Cervantes sólo hizo en el *Quijote* una concesión a la glotodiversidad hispánica –y muy indirecta– en las mal trabadas razones castellanas del gallardo vizcaíno, pero es que en esas no había escapatoria: tenía que habérselas con un vetusto estereotipo, el del vizcaíno jurador,

que había hecho fortuna en el teatro popular desde los tiempos de Juan del Encina. Ahora bien, ¿qué lengua hablaba Perot Rocaguinarda, el bandido cervantino Roque Guinart, sino el catalán? ¿Por qué Cervantes no consideró pertinente aludir a este detalle? Cabe un par de hipótesis para explicar dicha omisión: o bien Roque Guinart recurrió al castellano para conversar con don Quijote, o bien se entendieron ambos hablando en sus respectivas lenguas maternas. En ambos casos, la consecuencia sería la misma: la diferencia lingüística no impedía la comunicación, luego ni siquiera merecía la pena mencionarla.

No es difícil imaginar el haz de competencias lingüísticas que reunía Cervantes en la segunda década del siglo XVII. Si atendemos a su biografía, podemos suponerle, además de un dominio magistral del castellano literario, una familiaridad extensa con las variedades dialectales de dicha lengua, tanto de las horizontales o geográficas como de las verticales o sociológicas (conocía bien, por ejemplo, el lenguaje de la mala vida, la germanía). Había leído mucha literatura en toscano, y de sus estancias en Roma y Nápoles algo debió aprender de los dialectos locales. No es seguro que los años de cautiverio en Argel lo hubiesen facultado para hablar o leer en árabe –como sabemos, en la ficción tuvo que recurrir a un alarife morisco para traducir la crónica de Cide Hamete Benengeli–, pero parece verosímil que se moviera a sus anchas en el *sabir*, la lengua franca de los puertos mediterráneos (un *melting-pot* de vocabulario románico, croata, griego, albanés, árabe y turco, para uso de chusma de galeras, mareantes, merca-

deres y espías). Queda, por fin, la duda de si leyó obras en catalán, adquiriendo así algunos rudimentos del idioma antes de su visita a Barcelona en 1610. Sospecho que no, que el *Tirante* lo conoció ya en versión castellana, y que nada había en las letras catalanas de su época –que fue de decadencia y oscuridad para aquéllas– capaz de suscitar su interés. Pero no debió tener grandes dificultades para hacerse entender por los barceloneses ni para entenderlos, toda vez que pasó en silencio sobre la cuestión de la diversidad de lenguas. Creo que Cervantes fue un caso de hipercompetencia lingüística no demasiado raro en la España de su tiempo, donde la itinerancia profesional era un fenómeno mucho más extendido de lo que hoy podría pensarse. Un gran número de oficios implicaba la movilidad geográfica, ya fuera regular o aleatoria, y la alofonía, el dominio activo o pasivo de una o varias lenguas además de la materna, debía darse con bastante frecuencia. La suficiente, por lo menos, para que Cervantes –un recaudador de impuestos subarrendados (y especialista en microcréditos, como lo ha definido Alfredo Alvar)– lo considerase algo tan obvio como para abstenerse de cualquier alusión explícita a la cuestión.

La España de Cervantes era todavía una sociedad agraria tradicional, caracterizada por la pluralidad idiomática incontrolada. En gran parte de la Europa del XVII, las lenguas coínéticas, más o menos normalizadas, sólo se requerían en los ámbitos de la administración y de la cultura formal. En los territorios de la monarquía hispánica, donde la nación no se concebía aún como comunidad política, sino

¿Libertad o coacción? ...

como agrupación de comunidades naturales bajo un mismo soberano, no se sintió la necesidad de unificar la lengua de la población. No es un caso muy distinto del de los imperios ruso, otomano y austrohúngaro. Sólo con la llegada de los Borbones al trono español surge la conciencia de que el reino necesita adaptarse al nuevo orden de las naciones políticas dominantes en el occidente europeo tras la paz de Westfalia y se inician las reformas consecuentes, que implican un énfasis en la preeminencia del castellano. Entonces, y sólo entonces, la diversidad lingüística empieza a vivirse como un problema y se subrayan –y exageran– las diferencias entre las lenguas hispánicas.

COMUNIDAD DE ORIGEN

No está de más recordar que entre todas las lenguas hispánicas se dio, desde su origen mismo, una contigüidad geográfica, lo que no fue el caso del francés y el español, por ejemplo, separados durante muchos siglos por la franja occitana, ni del francés y el italiano ni el de este último y el rumano. Así que, con independencia de la tipología que las divide en iberorrománicas y galorrománicas, parece incontestable que la continuidad de los romances peninsulares desde el Mediterráneo al Atlántico fue más determinante en su desarrollo que el hecho de haber surgido a un lado u otro de los Pirineos. Dicha circunstancia favoreció la promoción del romance central, el de Castilla, la coiné peninsular, sin que mediara en ello el innegable expansio-

nismo militar del más joven de los reinos hispánicos. Como en todo complejo lingüístico caracterizado por la compacidad territorial, los romances peninsulares de la periferia presentan características comunes no compartidas por los del centro (el mítico grito de guerra de los almogávares, “¡Desperta, ferro!”, se pronunciaría de la misma manera en galaico-portugués y en astur-leonés, pero no en castellano, donde diptongaron las vocales breves latinas en posición tónica y se perdió la /f/ inicial).

Nuestros hipotéticos hispanos de la época romana eran patriotas de Roma, pero, seguramente, no exentos de cierto particularismo sentimental reforzado por sus particularidades lingüísticas

Los romances peninsulares proceden del latín provincial hablado en la Hispania romana, que habría tendido a diferenciarse en las distintas circunscripciones administrativas, pero que presentaría, en conjunto, unas características propias respecto del latín hablado en las Galias. Ésta es la hipótesis más razonable, aunque no nos es accesible esa diferencia temprana, porque la escritura siguió reflejando durante muchos siglos un latín arcaico que pretendía ajustarse todavía a la norma clásica, aunque ya no lo hablara nadie. Pero es de suponer que un hispanorromano de la Bética y otro de la Tarraconense o de la Lusitania que se encontrasen casualmente en la metrópoli se reconocerían como procedentes de Hispania en cuanto se oyesen mutuamente pronunciar las primeras palabras, del mismo

modo que un ecuatoriano y un salvadoreño se saben hispanoamericanos al contrastar sus variedades respectivas con el español peninsular. No hablamos, sin embargo, de nacionalismo: nuestros hipotéticos hispanos de la época romana eran patriotas de Roma, pero, seguramente, no exentos de cierto particularismo sentimental reforzado por sus particularidades lingüísticas.

En cualquier caso, las actuales lenguas de España –con la excepción del vasco– tuvieron su origen en los romances hablados en el norte de la península ibérica. Los romances mozárabes del centro y sur peninsular se extinguieron al adoptar la población meridional las lenguas de los reinos cristianos del norte que conquistaron y repoblaron al-Ándalus. Las variedades septentrionales difundidas en el curso de la larga expansión de los reinos cristianos cederían en prestigio a las meridionales a partir del siglo XV (la norma neocastellana y andaluza frente a la veterocastellana; el portugués de Lisboa frente al de Tras-os-Montes y al gallego –que en Portugal se percibe como un portugués arcaico–; el catalán de Valencia frente al del principado), fenómeno visible en el desplazamiento hacia el sur de los focos literarios de las respectivas lenguas (Juan Ruiz, Rojas, Garcilaso, Ausias March, Timoneda, Martorell, Gil Vicente, Camoens, etc.). Como dicho fenómeno coincide con la gramaticalización de las lenguas y la redacción de los primeros lexicones, no es sorprendente que sean las variedades de la mitad sur de la península las primeras en ser objeto de normalización y conseguir una identidad por antonomasia. La decadencia valenciana tras la crisis del XVI explica

la lenta recuperación por el principado de la hegemonía literaria en el área catalanohablante y la primacía normativa, desde la segunda mitad del XIX, de la variedad barcelonesa. El caso de Castilla es muy distinto: la literatura del Siglo de Oro fue neocastellana (y andaluza) en la casi totalidad del canon. El gallego se ruralizó irremisiblemente desde finales de la Edad Media y no pudo competir con el portugués áulico como variedad literaria.

La existencia de grafolectos, variedades escritas y (relativamente) normalizadas de las lenguas peninsulares no suprimió la diversidad dialectal del habla popular. Salvo en el caso del vasco, no se daban transiciones bruscas entre los diferentes dominios lingüísticos, cuyas fronteras siguen siendo hoy borrosas. Decimos que el gallego penetra en León, Zamora y el occidente asturiano, que el catalán rebasa la raya de Aragón y el castellano entra en Valencia, pero, al margen de la falta de coincidencia entre las demarcaciones administrativas y las lingüísticas, lo que caracteriza a la frontera es un enmarañamiento de isoglosas, que definen variedades de transición, donde los compromisos entre sistemas lingüísticos distintos son bastante normales (me refiero, claro está, a las variedades habladas). Cuando Estrabón afirmaba que se podía recorrer la región cantábrica sin dejar de oír la misma lengua entre el país de los cántabros y el de los ártabros, se refería seguramente a un fenómeno que era asimismo observable muchos siglos después en el norte de la península por los viajeros y los peregrinos francoprovenzales: la ausencia de discontinuidades abruptas entre las lenguas hispánicas (sin embargo, menu-

dean las referencias al vasco y a su rareza irreducible). No es que se oiga la misma lengua: se oyen varias, pero se perciben como variedades de la misma. Los nacionalismos periféricos suelen acusar a los castellanos de prepotencia y de desinterés por el aprendizaje de las otras lenguas hispánicas, y aunque algo hay de ello, la explicación de que los naturales de Castilla no aprendan gallego ni catalán no radica tan sólo en el hecho de que piensen que es una obligación de todo español el recurso a la lengua común, sino en el hecho de que pueden entender el gallego y el catalán sin demasiado esfuerzo. Ciertamente, referirse a dichas lenguas como “dialectos” del castellano es injusto, pero no tan inexacto como parece. El castellano hablante que se ve inmerso ocasionalmente en un medio gallego o catalanohablante percibe, por supuesto, que a su alrededor hablan una lengua diferente de la suya, pero que no tiene que hacer denodados esfuerzos para enterarse de la mayor parte de lo que dicen, y eso es justamente lo que caracteriza al dialecto: una diferencia que no imposibilita la comunicación. No creo que, como afirma Arcadi Espada, tal percepción sea reversible, porque, efectivamente, el hablante de catalán y de gallego sabe que el castellano (español) es la lengua del Estado, lo que impide que la simetría dialectal aflore en este caso. Pero la reversibilidad debió ser lo más frecuente en la España medieval, antes de la existencia de un Estado unitario. Probablemente, era el tipo de percepción que dominaba todavía en la época de Cervantes.

Para un hablante de cualquiera de las lenguas hispánicas, entender cualquiera de las otras no es difícil. Aprender

a hablarla ya es otro problema, porque su cercanía las convierte en eso que los franceses llaman “falsos amigos”. Desde la Restauración, la españolización lingüística de la población se encomendó a la escuela y al cuartel, pero, por lo que podemos recordar los de mi generación, todavía en los años cincuenta del pasado siglo los resultados no eran muy brillantes. La televisión hizo más en dos décadas que la escuela en cien años. Sin embargo, comprendo la incomodidad que producía a muchos hablantes nativos del gallego, catalán o eusquera, todavía no hace muchos años, expresarse en español. No porque fueran incapaces de hacerlo, sino porque temían cometer incorrecciones y ser objeto de burla. Hasta de Antonio Maura se reían sus discípulos madrileños por su mal castellano (o sea, por su buen español de mallorquín). El prejuicio castellano-céntrico acompañó al Estado liberal desde su origen y fue llevado a la exasperación por el nacionalismo totalitario de la primera etapa franquista, pero hay que admitir que, si no ha desaparecido por completo, está en las últimas. Uno podrá tener sus dudas más o menos razonables acerca de la necesidad de una institución como la Real Academia Española, pero deberá reconocer que es hoy la menos purista de las academias de la lengua y que rechaza cualquier pretensión de elevar una determinada variedad regional a modelo normativo.

Hoy el complejo suele funcionar en la dirección inversa. La inmigración, en las áreas urbanas, ha forzado la concurrencia de variedades muy distintas (no sólo geográficas, sino sociales) del español. Probablemente, no habrá en el

mundo de lengua española una ciudad más heteroglosa que Madrid, donde el español se habla con prosodias y variedades léxicas procedentes de todos los países hispanos y de todas las regiones españolas, amén de los distintos “españoles” aproximativos de la inmigración alófona. La televisión, la radio y el cine han influido también en el desarraigo de los prejuicios castizos. Sin embargo, la normalización de las otras lenguas hispánicas ha reproducido, en buena parte, el modelo academicista que determinó la nacionalización del castellano (su conversión en lengua del Estado nación) desde Felipe V hasta el franquismo. De ahí que las televisiones autonómicas, las emisoras regionales de radio, los medios de comunicación escritos, la escuela, la universidad, etc., preconicen y difundan las variedades propuestas por los organismos oficiales encargados de dirigir los procesos de normalización lingüística. Hay que advertir, no obstante, que la obsesión preceptivista ha ido debilitándose y que se ha tendido a transigir –sobre todo, en los medios audiovisuales– con la diversidad dialectal, pero el hablante no nativo de catalán, eusquera o gallego, se halla hoy expuesto a un tipo de censura social semejante a la que se cernía hace medio siglo sobre el hablante no nativo del castellano. Con todo, los prejuicios academicistas, al entrar en contradicción con las expectativas democráticas de nivelación social, irán desapareciendo con rapidez. Ni siquiera los nacionalismos podrán prolongar su vigencia. Aunque la discriminación en función del conocimiento o desconocimiento de la “lengua propia” persistirá con la conformidad mayoritaria de las bases nacionalistas, es dudoso que incluso éstas transijan, a la larga, con la discriminación por moti-

vos de corrección o incorrección lingüística. La necesidad de ampliar sus zócalos electorales con población alógena obliga a los nacionalismos a relajar la presión purista o, en otras palabras, a medida que la base del nacionalismo se amplía, éste tiende a desnacionalizarse y a convertirse en un híbrido de ruralismo impostado y cultura global.

La normalización de las otras lenguas hispánicas ha reproducido, en buena parte, el modelo academicista que determinó la nacionalización del castellano desde Felipe V hasta el franquismo

EL CASO VASCO

Es posible ilustrar la fatalidad de este proceso con el caso del País Vasco, en el que se dan varios factores que lo distinguen del resto de las comunidades autónomas. En primer lugar, una definición identitaria –sobra decir que voluntarista– referida al complejo inseparable de eusquera y foralidad (no es el caso de Navarra, cuya identidad histórica descansa en una foralidad independiente de las lenguas habladas en su territorio). Desde el siglo xvi, el discurso particularista vasco (o *vizcaíno*, como se decía entonces) presenta al eusquera y a los Fueros como dos manifestaciones de una misma realidad, de modo que la pérdida de cualquiera de ellas implicaría la desaparición de la rea-

lidad vasca en su conjunto. Sin embargo, tal mito identitario era perfectamente compatible con la preeminencia social del castellano: de hecho, ésta es la lengua vehicular del discurso particularista que ensalza el eusquera y los Fueros. Al contrario de lo que sucedía por las mismas fechas en Cataluña y Valencia, a muy pocos de los apolo-gistas vascos del eusquera les pareció útil –ni posible– valerse de su lengua identitaria para enaltecerla. Salidos de los estamentos superiores de la vieja sociedad agraria, el castellano no era tan sólo para ellos la lengua diferencial que subrayaba su superioridad jerárquica respecto a los estamentos subalternos, sino un requisito indispensable para hacer carrera en la administración o en la Iglesia (la práctica totalidad de estos apolo-gistas ocuparon cargos burocráticos o eclesiásticos).

Si el castellano era su lengua *diferencial*, el eusquera fue la *deferencial*, la lengua de relación con el común –es decir, con los estamentos subalternos–, cuyo uso habitual reforzaba el mito del igualitarismo recogido en los Fueros. Este es el tipo de sociedad que Cervantes conoció, donde la pluralidad lingüística carecía de pertinencia jurídico-política. A los hidalgos vascos castellano-hablantes nunca se les habría ocurrido abogar por la desaparición del eusquera, como haría Unamuno siglos después. Tampoco habrían movido un dedo para convertirlo en una lengua de cultura equiparable al castellano. El eusquera servía para lo que servía: para entenderse con los campesinos y para legitimar los Fueros, que, aunque redactados enteramente en castellano, se justificaban como pervivencia de una identi-

dad originaria española identificada con la vieja lengua vasca, reliquia de los primeros pobladores de la península.

El primer nacionalismo vasco, surgido a raíz de la abolición de los fueros vascongados, no concedía función alguna al eusquera. Si para los apologistas vascos de los siglos XVI al XVIII era aquél una reliquia viva de la Prehistoria española, para Sabino Arana era una reliquia del Antiguo Régimen y, como tal, digna de afecto, pero condenada a desaparecer por el inexorable progreso histórico. No fue hasta después de la guerra civil de 1936-1939 que el nacionalismo, a través de sus nuevas organizaciones, confirió al eusquera un papel central en la definición de la identidad vasca. Téngase en cuenta que el nacionalismo anterior fue escasamente significativo en la dignificación de la cultura en eusquera, cuyos grandes nombres, en la primera mitad del siglo xx, pertenecían al clero tradicionalista. Sabino Arana Goiri y sus seguidores, con escasísimas excepciones, despreciaban la literatura eusquérica, en la que descubrían la influencia deletérea del castellano y otras lenguas románicas. Bajo el franquismo, los nacionalistas toman el relevo a los tradicionalistas y orientan la actividad literaria y filológica al objetivo de la unificación y normalización lingüística, que antes no había suscitado preocupación fuera de los ámbitos dialectales.

Pero esta asunción de la actividad cultural eusquérica por el nacionalismo, que supone la apropiación de la herencia filológica del tradicionalismo (detestada por Arana Goiri), se enfrenta con varias contradicciones difícil-

mente superables. Fragmentado en numerosos dialectos, el eusquera había producido literaturas dialectales (y locales) más o menos ricas e interesantes. La escrita en dialecto navarro-labortano constituye, sin duda, el acervo más importante, desde el punto de vista filológico. Le sigue, en abundancia de textos y coherencia lingüística, la literatura guipuzcoana, y, tras ellas, la vizcaína, la suletina (pobre en textos de autores letrados, pero con un gran legado de textos populares), la de la Navarra peninsular y, por último, la alavesa. El recientísimo hallazgo de una novela pastoril renacentista en el dialecto de Álava no modifica sustancialmente la aportación alavesa a la literatura eusquérica, pero hay que observar, a propósito de ésta, que su variedad lingüística interna es comparable a la que existe en el conjunto de las literaturas hispánicas.

La heteroglosia tradicional de las literaturas eusquéricas explica su relativa incomunicación recíproca. Lo que impidió su desintegración fue la acción cultural de la Iglesia, que contribuyó decisivamente a la constitución de un canon mínimo (definiendo, por ejemplo, un repertorio de clásicos encabezado por el Guero, de Pedro Axular, un tratado de ascética de mediados del xvii, escrito en navarro-laburdino, que fue traducido a otros dialectos en épocas posteriores). Ahora bien, esa dispersión policéntrica coincide con la mayor creatividad y riqueza de la literatura eusquérica, que supo integrar y asimilar una pluralidad de influencias: desde la de los clásicos de la religiosidad barroca española, hasta la de la biblioteca azul francesa, pasando por la poesía áulica de la época de Luis XIV. Es

cierto que nunca llegó a fraguar en nada parecido a un sistema literario autónomo, pero a nadie le preocupó semejante limitación hasta el advenimiento del nacionalismo.

Los filólogos que redescubrieron la literatura clásica vasca en la transición del siglo XIX al XX ni eran nacionalistas ni se preocuparon de escribir historias generales de la literatura vasca. La primera de éstas aparece en pleno franquismo y es obra de un autor no nacionalista, el franciscano Luis Villasante, deudor de la filología de anteguerra, pero ya acuciado por la nueva obsesión unificadora y normalizadora del nacionalismo. Villasante preside, apenas ocho años después de la publicación de su historia literaria, el congreso de la Academia de la Lengua Vasca de 1968, en Oñate, donde los jóvenes académicos nacionalistas logran imponer las bases de la normalización lingüística. Es curiosa la figura de Villasante, y merecería un estudio en profundidad. Un notable especialista en la obra de Axular, tradicionalista escasamente interesado en la de los jóvenes autores nacionalistas, se ve de repente promovido a cabeza visible de un movimiento cuyo sesgo político no se le escapaba a nadie salvo, quizá, a él mismo.

Los nuevos nacionalistas necesitaban una lengua nacional. Los viejos nacionalistas de anteguerra también habían hablado de eso, pero sin tomárselo en serio. El nuevo eusquera, el eusquera unificado o euskara batua, fue una criatura filológica creada en los laboratorios humanísticos, a partir de los textos canónicos de las literaturas dialectales, en los últimos veinte años del franquismo. Villasante siem-

¿Libertad o coacción? ...

pre insistió en que sólo se trataba de unificar la lengua literaria, pero, obviamente, las necesidades de los nacionalistas iban más allá. Necesitaban una lengua para sustituir al castellano. Una lengua para un Estado Vasco.

La nacionalización del eusquera tuvo un efecto devastador, en primer lugar, sobre los reductos dialectales. El cultivo literario de las variedades locales se proscribió oficiosamente (la Iglesia, que resistió durante algún tiempo, sosteniendo una liturgia y una predicación dialectal, acabó por plegarse a la solución unificada). En rigor, el nuevo nacionalismo había heredado del antiguo el prejuicio de que el eusquera real estaba ya condenado por el progreso y no merecía que se invirtiese esfuerzo alguno en su conservación. En segundo lugar, vinculando el neo-eusquera al proyecto de “construcción nacional vasca”, el nacionalismo apartó del eusquera a los vascos no nacionalistas, a quienes no dejó otras salidas que la resistencia simbólica en los ámbitos dialectales (posición ésta que nunca pasó de muy minoritaria) o la identificación absoluta con el castellano como lengua del Estado.

CONCLUSIÓN

El caso vasco permite describir, en un ámbito reducido, el proceso de fragmentación identitaria que los nacionalismos han inducido en una vieja nación que fue percibida como una y varia desde los tiempos de Cervantes. La simi-

litud y continuidad de sus lenguas ha dejado ya de ser algo evidente, salvo para los especialistas avezados.

Quando de nacionalismo se habla, parece obligado, desde el punto de vista de los nacionalismos secesionistas, referirse en primer lugar al nacionalismo español, pero, en lo que a las lenguas se refiere, el nacionalismo español –descontando el período franquista, sobre el que habría que hablar mucho– fue sorprendentemente tibio y despreocupado. Apostó, como no podía ser menos, por el castellano como lengua del Estado, pero, salvo en sus versiones revolucionarias –democráticas o fascistas– nunca se pronunció por la erradicación de las otras lenguas hispánicas. En el Estado borbónico, que, desde Felipe V, recluta sus efectivos entre la pequeña nobleza de la periferia, hay una continuidad cultural que no se rompe prácticamente hasta la II República, y que tiende a una valoración más positiva que indiferente de la variedad cultural y lingüística española. En definitiva, el ministro Zutano o Mengano se retiraba en sus temporadas de asueto a su pazo o a su casona, donde disfrutaba conversando en gallego o eusquera con sus labradores o escribiendo poesías en bable. De las lenguas hispánicas minoritarias, pensaban lo que casi todo el mundo culto o semiculto de España: que acabarían por desapare-

***La nacionalización
del eusquera tuvo
un efecto devastador,
en primer lugar, sobre
los reductos dialectales***

¿Libertad o coacción? ...

cer en un plazo más o menos breve, arrumbadas por el progreso, pero que con ellas se perdería un rasgo simpático y pintoresco de la nación. Sólo los exaltados y los revolucionarios, que veían en las lenguas de la periferia un venero de carlismo, se mostraban partidarios de su erradicación sistemática. Afortunadamente, nunca llegaron a disponer del poder suficiente para acometer la empresa.

Para la mayoría de los españoles, durante los siglos XVIII y XIX, la variedad lingüística de España fue como la variedad lingüística de Italia para los italianos: un dato curioso, más o menos molesto, regocijante o neutro, según las situaciones, pero sin demasiada relación con su identidad nacional. Hasta la aparición de los nacionalismos secesionistas, algunos la vieron como un problema, pero muy pocos pensaron que requiriera soluciones drásticas.